

A la memoria de Boca Luna

ALEJANDRA RÍOS

De manera inesperada para sus amigos y alumnos, el joven lingüista Edgard Neve falleció el pasado mes de enero. Las siguientes palabras fueron leídas en un homenaje que el CCH Sur organizó en memoria de este brillante maestro....

Conocí a Edgar en una trajinera en el embarcadero de Nativitas de Xochimilco un 15 de mayo. Abordé con mi hija aquella convivencia flotante de profesores de la coordinación de Talleres del Colegio de Ciencias y Humanidades, Sur. Fuimos recibidas por su afable sonrisa y quedamos justo junto a él por lo que disfruté desde ese momento de su siempre amena conversación.

Poco después, se dio la ocasión de invitarlo a un curso de actualización docente en la UAM, donde yo laboraba. Sus participaciones eran agudas en el seminario y solía despertar admiración, pero también celos y había quien lo descalificaba cobardemente en otros momentos.

En su amor por el lenguaje hallaba la palabra justa en el momento oportuno, lo cual era seductor en pláticas complejas. También, amante de la compostura: al observarlo se dejaba disfrutar como si fuera un actor, con la seguridad de que no actuaba en falso.

Nos frecuentábamos por motivos académicos, que se extendían hasta lo afectivo. Teníamos manías comunes, con lo cual confrontábamos y bromeábamos; también problemas de la vista muy similares, el mismo raro

tipo sanguíneo, entre otras cosas. Creo que disfrutaba de mi espacio y desde entonces Edgar se acomodó poco a poco en mis días y en mi corazón.

Me impresionaba su fuerte necesidad de comunicación, que lo hacía estar constantemente al teléfono, en su típico afán de ubicuidad; también asombraba su apresurada vida, difícil de seguirle el paso. Controvertido, pero leal a sus ideales. Miraba al mundo con ojos amplios. Aprendí infinidad de cosas con él.

A donde íbamos era conocido o se hacía conocer. Quien conversaba con él difícilmente lo olvidaba. Me gustaba ver cómo lo querían quienes de veras lo querían.

En su mente aguda resaltaba su preocupación por resarcir las distorsiones de la libertad humana. Él podía ponerse al nivel de cualquier persona que se abriera. Su vasta cultura le facilitaba conectarse con toda clase de personas y era un placer para él indagar en muchos



Alejandra Ríos

mundos humanos, convertido en algo así como un eslabón entre diversos territorios.

Edgar fue siempre un amigo incondicional: un hermano. Fue mi mejor amigo, como lo fue de muchas personas más. No era de nadie porque era de todos. Por lo que me toca, sería interminable la lista de detalles afectuosos que tuvo conmigo. Bajo el signo de la generosidad siempre estaba cuando lo necesitábamos.

Me apoyó en toda clase de cosas. Siempre que pudo me acompañó en las dificultades de ser madre soltera. A mi hija la trataba como un amigo, poniéndose sabiamente a su nivel, y con la cual tenía el don de ayudarla a dormir acariciando su frente. Con sus manos, aparentemente pequeñas, se acomodaba a ayudar en lo que fuera: cuando uno se daba cuenta ya había lavado los trastes o el auto, o sacado la basura o arreglado desperfectos domésticos. También acostumbraba visitar a sus amigos llevándonos textos que podían interesarle a cada quien, o telefonaba para sugerir un programa de radio o televisión de interés para cada cual. Siempre estaba presente.

Por otro lado, a veces era “insoportable”. Sabía demasiado bien que era muy singular y hacía alarde de ello. Sintiéndose incomprendido, llegó a comentarme con cierto ímpetu ¡Cuando yo me muera, me van a llorar!, y tuvo razón.

Las experiencias cotidianas con él hacían la vida más interesante. De lo más insignificante hallaba algo para conversar o recordar. Le daba sentido al sinsentido lingüístico. Además siempre tenía proyectos en mente, algunos demasiado ambiciosos que modelaba teóricamente y en los que solía incluir a sectores de la población olvidados.

Con Edgar podía hablarse de toda clase de cosas, nada le espantaba. Nos burlábamos de nosotros mismos y nos asombrábamos de lo mínimo.

Algunas veces, al cruzar las calles, él esperaba con ansiosa paciencia la luz verde peatonal, aún sin tránsito, insólito en un mexicano. Ya podemos pasar “Mike”,

le decía en alusión a aquella película mexicana de historieta policiaca de los años setenta llamada Llámenme Mike.

Por su peculiar sonrisa le nombré Boca de luna: la mejor sonrisa y la mejor palabra.

Una ocasión transitábamos por el Periférico a baja velocidad a causa de un auto volcado, al pasar frente al siniestro, el automovilista de adelante se detuvo a curiosear deteniendo aún más la kilométrica fila de autos desesperados por el retraso. Decidí sonar el claxon de mi vehículo para que reaccionara, y lo mismo hizo el resto de los automovilistas. El sujeto se ofendió por sentirse apresurado y soltó una serie de insultos contra mí. Metros adelante serpenteaba agresivamente su auto contra nosotros con la intención de estrellarnos contra la barra de contención. Edgar asomó medio cuerpo por la ventana y le gritó con toda propiedad: ¡Macho, denigras a mi género! Aquel sujeto se marchó, prácticamente desarmado.

Ahora, casi te oigo discurrendo allá..., con tu espíritu “solemnemente irreverente”, como tú decías.

Llegué a imaginarte en un tiempo muy venidero, al fin sin prisa, en una terraza cubierta de estrellas, tú leyendo, escribiendo y discurrendo, fumando una pipa y con tu diáfana sonrisa al horizonte. A esto tú respondiste negando: “dudo que yo llegue a esa edad...”. Sin embargo, ahora creo que esa imagen es posible.

Cuando te fuiste, los amaneceres se me tornaron lapidarios y el suelo me absorbía sensiblemente...Tu abrupta partida nos dejó un vacío, para llenarlo de recuerdos...

Omito, por ahora, mucho más que hay que decir para cuidar de tu memoria, donde quiera que estés sabe una vez más que tu corazón de “condominio”, como solían decirte, sigue latiendo en el nuestro. ■